Menos es más

Justo en plena polémica sobre el tema de los rascacielos salía a la vez en el Diario Sur de este fin de semana un artículo de Héctor Barbotá sobre este debate y otro de Monica Pérez sobre la intención de un grupo inversor para reabrir el Don Miguel y convertirlo en hotel de lujo.

Estas dos noticias tienen en común el interés de los inversores por Marbella pero difieren entre sí en las soluciones aportadas. Una reabre las heridas aún no cicatrizadas de la época Gil respecto a la especulación urbanística levantando en este caso rascacielos en nuestro municipio. Fórmula, en definitiva, que sigue perpetuando los desarrollos urbanísticos como panacea de la supervivencia del municipio. Un espejismo de solución que desató una gran burbuja inmobiliaria de la que todavía están sufriendo nuestros bolsillos. Se da además la circunstancia de que tenemos un parque de viviendas vacías estimadas en 10.000 que son todo un interrogante respecto a las consecuencias que puede tener en su demanda una nueva oferta residencial, cinco rascacielos desafiantes en el paisaje de Marbella con una altura aproximada de 150 metros.

Reabrir el hotel Don Miguel significa, en cambio, reciclar espacios obsoletos para seguir ofreciendo una oferta hotelera de lujo en consonancia con lo que es nuestro destino de excelencia y la sostenibilidad turística de nuestra ciudad.

Recreación de rascacielos sobre rio Verde

Ante todo discrepo más que del objeto de la disputa, que no lo comparto en absoluto, de la forma de imponerlo sin antes hacer a la ciudadanía partícipe en la decisión ni lograr el consenso con el resto de los partidos de la oposición. Estas son decisiones estratégicas sobre el modelo de ciudad que las debemos tomar los marbelleros y no la presión de ciertos inversores que construirán, sacarán sus réditos y se marcharán a otro lado dejando el daño hecho para siempre. A ellos el lugar les importa sólo por rentabilizar una inversión. Si hay inversores que quieren venir a Marbella debemos ofrecer otro tipo de posibilidades para que desarrollen empresas, industrias estables y permanentes a largo plazo que creen puestos de trabajo de calidad y con futuro.

Antes de hacer estas modificaciones urbanísticas para poder construir rascacielos en Marbella sería importante abrir la participación de forma transparente tanto a la ciudadanía como a los residentes y turistas para medir el impacto de este tipo de actuaciones y sólo después de este proceso, más científico y democrático, tomar la decisión más adecuada y, si es posible, en una estrategia global donde entre todos decidamos cual es el modelo de ciudad que queremos. En este sentido Málaga, con dos planes estratégicos a sus espaldas, le ha dado la vuelta al concepto de ciudad y se está convirtiendo en un modelo de gestión turística y cultural. La última noticia no puede ser mejor, un centro Pompidou va a llegar para mejorar más aun su buena oferta cultural.

Y de esto adolece Marbella: de planificación, como lo hizo nuestro vecino para posicionarse como ciudad en este nuevo mundo global y cambiante que nos ha tocado vivir y donde la improvisación no es la mejor de las consejeras.

Marbella puede adoptar multitud de acciones encaminadas a encontrar su lugar como urbe: pero es fundamental que se haga de forma participativa para que el modelo de ciudad que resulte sea una propuesta consensuada por todos y no sólo por unos inversores que buscan el lucro y la especulación y no el interés general.

Orientar la planificación urbana hacia nuevos desarrollos urbanísticos creo que es un error y más con todo lo sucedido desde que la crisis del ladrillo estallara y cuya lección parece que no hemos aprendido.

Llega el momento de aplicar la famosa frase de **"menos es más"**. La acuñó el arquitecto alemán Ludwig Mies van der Rohe sobre la arquitectura racional y ha pasado a ser un eslogan para aquellos que sostienen que estos son tiempos para **gestionar el decrecimiento** en lugar de pensar en un crecimiento ilimitado.

Cuando hablamos de gestionar el decrecimiento no quiero decir no construir ni crecer sino crecer en calidad y no con más desarrollos urbanísticos, reciclando los espacios disponibles ya obsoletos que se pueden derivar a inversores como los que quieren apostar por el antiguo hotel Don Miguel.

Aplicar el **"menos es más,"** o **cultura del decrecimiento,** es alejarnos del modelo de ciudad de crecimiento ilimitado propugnada por la modernidad donde quedó en entredicho el desarrollo extensivo y el consumo de territorio gracias al desarrollo de la tecnología y el éxito del automóvil privado. Es palpable en nuestra ciudad esta manera de producción urbana en las huellas de este crecimiento desorbitado e incontrolado observando el deterioro que ha producido en nuestro municipio, en el paisaje y en la calidad de vida de los habitantes. Un boom inmobiliario que tanto aquí como en muchas otras ciudades ha depredado el espacio público. Esto que ha ocurrido se puede paliar rediseñando y reciclando nuestro espacio urbano: creando nuevos espacios de convivencia, mejorando nuestras infraestructuras y equipamientos pero nunca construyendo gigantescas moles de hormigón que tan poco tienen que ver con Marbella.

Este concepto tan dañino como es el crecimiento ilimitado, supeditado al espejismo de único sostén económico, trae sus consecuencias: abuso de los recursos naturales, contaminación del medio ambiente, destrucción de ecosistemas y lo más importante el mismo destino turístico se tambalea. De ahí la necesidad de plantearnos el concepto de sostenibilidad en cuanto a los **límites admisibles** para nuestro municipio.

Nuevos rascacielos de Madrid de entre 40 y 50 plantas contra edificios de 8 y 10 plantas.

Como decía Florent Marcellesi, coordinador de Ecopolítica, ingeniero civil y urbanista: atrevámonos a construir una ciudad donde seamos capaces de vivir bien y de ser felices dentro de los límites ecológicos del planeta y de forma democrática y solidaria.

Comprender esto es importante para buscar la estrategia de hacerlas vivibles ya sólo como una cuestión de supervivencia de nuestra especie y de nuestro frágil planeta. Ahí es donde entra el concepto de sostenibilidad y la necesidad de imponer límites a los actuales niveles de consumo de recursos y territorio.

Por tanto si "menos en más", si menos es vivir mejor ¿Cómo gestionamos el decrecimiento sostenible? Primero reconociendo que tenemos un problema –el crecimiento tiene límites- y que ya lo hemos sobrepasado. No hemos hecho un "paro biológico" de ciudad por ser conscientes de este proceso. Este ha venido impuesto porque estalló la crisis inmobiliaria. Si fuera por ese modelo de crecimiento perpetuo ya no quedaría término municipal donde edificar. Los límites del crecimiento perpetuo los pone el medio ambiente y, en Marbella, además la justicia.

La naturaleza tiene la capacidad de absorber una parte del impacto que produce la explotación de los recursos y la generación de residuos pero esta capacidad ya hace tiempo que está desbordada. La época estival es una época para observar esta saturación. Es lógico que esto ocurra cuando los procesos de urbanización privado han ido muy por delante de lo público para dotar de infraestructuras básicas adecuadas y equipamientos públicos a esos desarrollos, muchos de ellos ilegales y sobre suelo no urbanizable o equipamientos públicos.

Aceptar esto es reconocer la necesidad de un cambio radical de prioridades. Por lo tanto hablar de crecimiento sostenible cuando hablamos de haber sobrepasado la capacidad de carga de nuestro territorio no deja de ser contradictorio y se vuelva oportuno hablar de **decrecimiento sostenible o de menos es más**.

Por eso antes de aprobar de forma unilateral la posibilidad de construir rascacielos en Marbella sería necesario que nos hiciéramos la siguiente pregunta **¿alguna vez has pensado en qué Marbella te gustaría vivir?** Estoy seguro que muchos de nosotros nos hemos hecho esta pregunta y que pese a que cada uno tengamos una visión de esta, coincidamos mucho en cuanto a la calidad de vida que nos gustaría tener: destino sostenible, buen transporte urbano, espacios públicos para el encuentro y la cultura, toda una red de carriles bicis para una mejor movilidad sostenible, playas limpias y consolidadas, corredor ferroviario, buenas infraestructuras básicas, equipamientos para el ocio y la cultura, cohesión social y oportunidades laborales, barrios bien dotados y dinámicos.

Seguramente el turismo se encuentre cómodo en esta visión de ciudad. En Málaga lo han hecho y tanto la ciudadanía como los turistas han percibido el gran cambio en la ciudad que todos están disfrutando y la urbe ya está recogiendo sus frutos.

Pero Marbella no es Málaga, ni Madrid, ni Singapur, ni Dubái ni tan siquiera Benidorm. Marbella es un modelo consolidado singular de ciudad extensivo y de baja densidad que produce una imagen de ciudad jardín. Si queremos mejorar el modelo, mejorémoslo pero sin destruir el presente que tan buenos resultados nos ha dado. Si queremos cambiar de modelo abramos un periodo de reflexión para que los ciudadanos debatamos sobre este tema.

Nunca es tarde si la voluntad es buena.

Marbella 3 de diciembre de 2013

Javier Lima Molina

Socio fundador y Presidente de la Asociación Marbella Activa